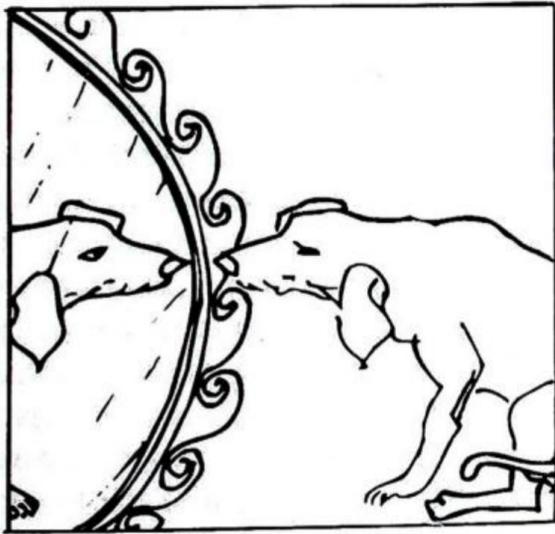


contrarse y conducir al lector a Gádor, la mansión de la ruina, el lugar de la nostalgia y personaje central.

Cada capítulo parece ser una pequeña historia, cada aparte perfila uno de los personajes, esboza sus temores y dolores. Cada capítulo es, entonces, circular y la novela completa la elipse. El círculo se desenvuelve cuando llega el otoño de viento helado a la mansión Gádor y con él la evidencia de la ruina. Mar y Rodrigo, él pelirrojo, ella de blancura alabastrina y manos finas, se ven obligados a vender el lago y a hacinar los esplendorosos cisnes en la alberca del patio trasero.

Mar tuvo tiempo de achicar el agua de la embarcación y secar algunas lágrimas de rabia antes de atrapar el último. Pudo aún arrepentirse de no haber querido ir a la firma del contrato al llevar los cisnes a su nuevo domicilio; no parecían comprender los pájaros esa promiscuidad —de la que habían de morir pronto— al cabo de años de espacio y elegancia.



Al tiempo de la ruina aparece Dimas, un personaje extraño, delgado, quien escribe historias complejas en un diario capitalino. Con Dimas llega la pasión de Mar por el piano y las locuras de Rodrigo por la historia, la trigonometría y el teatro, locura ficticia con la que trata de evadirse de la inminente desgracia de la ruina. El extraño periodista trae tras de sí a una mujer que pone de pie la melancolía de Gádor, Paloma, jefa de redacción en el mismo diario, mujer embebida en el trabajo, profesional con una hija —Inés—, fruto de una corta pasión en un hospital de guerra.

Paloma. Paloma se cuidaba mucho de que nadie viera la dulzura en su frialdad de periodista cuando Dimas aparecía por la redacción con la sonrisa, silencio y ojeras de su soledad cristalina, y procuraba mantener el tono de cortesía profesional que la había hecho inaccesible a quienes deseaban violar su firmeza, su seguridad insolente de profesional que no acepta regalos.

África es el aire de sensualidad de Gádor, muchacha de senos firmes, rebelde, comelona, aficionada a la cometa delta y al ajedrez, quien descubre aterrada el poder corrosivo del estrecho círculo del poder, círculo en el que caen sus padres para convertirse en gusanos arribistas y corrompidos.

[...] pensó que no es que África jugara mal sino que quería morir. No son buenos jugadores de ajedrez los que planean suicidarse [...].

Sancho es el eterno enamorado de África, el muchacho humilde, hermano de Dimas e igualmente misterioso. Recurre siempre a los disfraces y escaramuzas para fastidiar a los miembros de la alta sociedad; es un personaje que da la impresión de ser central y al final de la novela se desdibuja, se convierte en un pretexto.

Gádor, la mansión, reúne poco a poco esta serie de personajes, los hace convergir, los enloquece, los enamora. Gádor se convierte en museo, sala de exposiciones, sala de conciertos, restaurante, sala de juegos, teatro. Es el teatro de cada ruina, de la soledad de sus habitantes; en cada cuarto se desprenden silenciosas las historias de lluvia permanente. Porque en *Aire de Mar en Gádor* parece que no dejará jamás de llover. A pesar de la música que compone y toca Mar y de Mozart, Schubert y Chopin, es una novela melancólica, pausada, gris, triste, donde las pasiones y el erotismo se perfilan entre niebla, a través de un lenguaje pulcro, exacto, casi relamido, sin expresiones fuertes, llevando por debajo pasiones desbocadas, que se anuncian con susurros. Armado sobre una excelente estructura narrativa, el misterio de *Aire*

de Mar en Gádor conduce al lector por los pasadizos helados de seis corazones abandonados.

JIMENA MONTAÑA CUÉLLAR

La sombra del leopardo

Leopardo al sol

Laura Restrepo

Editorial Planeta, Santafé de Bogotá, 1993, 391 págs.

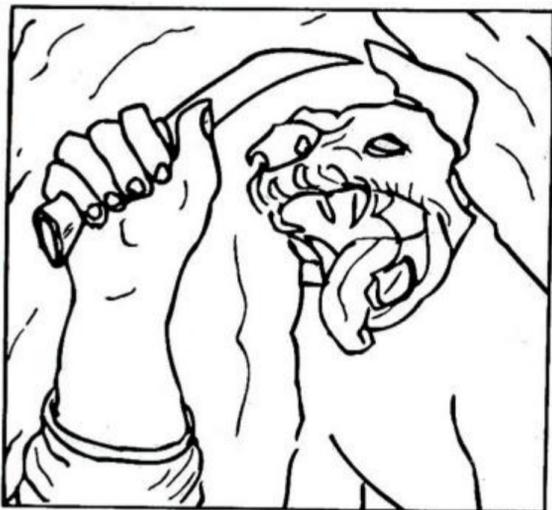
Esta es una novela de ficción. “Los personajes sólo existen en la imaginación de la escritora”, dice antes de comenzar el libro. Pero una vez leído, dudamos, porque los personajes son como extraídos de la realidad colombiana, aunque parezca que estas letras son un soplo de la imaginación.



Ésta es una novela de violencia, porque el matarse entre hermanos como único punto de llegada y con tanta violencia física está presente a lo largo del texto, así como está presente en nuestra realidad nacional. Es también una novela de violencia psicológica tal cual está viva en nuestra vida cotidiana.

Laura Restrepo cuenta estas violencias y las escribe con minucia, con cada palabra con la que describe los gestos de los personajes que enriquecen esta larga historia. Así, también, enseña la humanidad que hay en Nando Barragán (el protagonista), cuando acepta su destino de asesino de su primo hermano y amigo y compinche, Adriano Monsalve. Como si la otra cara de toda esa demencia fuera la ternura "lenta y torpe, sin prisa, con esmero femenino", con la que él viste el cadáver de su primo, porque a los muertos los viste quien más los ama.

Esa guerra fratricida, entre seres con la misma sangre, o hijos de la misma madre Tierra, es una guerra muy nuestra; por eso esta novela es tan brutal. Una vez que un primo ha matado al otro, con el cadáver a cuestas impecablemente vestido, y en medio del delirio donde ya lo real alcanza lo irreal, llega hasta donde el tío, después de cruzar días de desierto, para escuchar de él sentenciar la desgracia: Barragán contra Monsalve, los unos matarán a los otros, los primos matarán a los primos, lo harán de generación en generación, por siempre. Porque, como dice una voz: "Habían llegado los tiempos de la violencia total y la vida se nos iba enredada en la moridera y en la matadera" (pág. 379).



Hay una violencia sutil enraizada en lo cotidiano, en las vidas de los primos en guerra. Hay otra violencia, que es la narrada por una voz en negrilla, exagerada, real pero imaginaria, la violencia colombiana. Una voz pregunta: "—Esos sucesos, ¿son leyenda o fueron reales?" Otra voz responde: "—Fueron reales, pero de tanto contarlos se hicieron leyenda. O al revés: fueron leyenda, y de tanto contarlos se

volvieron verdad. Es lo de menos" (pág. 33).

Ésta es una novela contemporánea, porque habla de la miseria del espíritu de los seres, de la decadencia de la raza, de la ilegalidad como norma, de la aceptación generalizada de los valores trastocados, de los malentendidos acerca del poder, de la belleza y del dinero, del esplendor del plástico, de una sociedad donde las leyes se desconocen, donde lo antinatural es lo positivo, donde el amor está confundido o es inexistente. Nuestra decadencia está presente en la novela a través de un elemento muy interesante que acentúa toda esta brutalidad, y es la manera como presenta la sociedad de consumo y los desechos humanos, mostrando los nombres de marca de los productos comerciales en los momentos precisos. Hay una burla permanente que toca el fondo y que nos hace reír a costa del dolor. Es como una telenovela.

El pasado está narrado en presente, el presente en presente, y los comentarios de otros, voces que aparecen para narrar, en pasado. La novela comienza en la mitad de la historia, después se devuelve un poco para continuar avanzando con un tejido que establece expectación y tensión. Es una novela larga, escrita con todas las de la ley para ser novela. La autora usa un vocabulario muy amplio, deleitoso, sonoro y preciso. Toda ella tiene un sabor muy colombiano, así como lo tiene *Sin remedio*, pero completamente diferente. La estructura es interesante y está formada por imágenes muy intensas. Imágenes llenas de acción, suspenso, y muy buen humor, que avanzan con equilibrio en una narración que siento con ritmo de tres en tres. De repente una imagen rompe el ritmo que trae la historia para presentar un personaje: es Fernely, quien sale de la cárcel. Como con tirabuzón, la autora entra hasta la carne de los personajes. Así entra en Fernely y lo deja, pero Fernely no se nos olvida hasta que vuelve a aparecer para recoger ese hilo y avanzar con el tejido de telaraña. Los personajes femeninos son numerosos, están intensamente creados, son muy bellos. Sólo circulan en los interiores, hogares, burdeles, autos, allí ejercen sus poderes, allí también son maltratados por los varo-

nes, como madres, como esposas, como amantes, como putas, como hermanas, como sirvientas. Sus vidas son tristes; todas las vidas de todos los seres de esta novela son unas vidas tristes, ninguna felicidad asoma; sin embargo, el final es un final feliz. Alina Jericó da a luz a su bebé por encima de las dificultades por las que atraviesa. El bebé no lleva el apellido Monsalve, a pesar de ser hijo del Mani. Es el triunfo de la vida.



En la novela encontramos un elemento nuevo, distinto, otra voz. Es una voz en negrilla que narra en tiempo pasado y que son voces varias, pero no es polifonía, como lo hace María Elena Vélez en *Reptil en el tiempo*. No, aquí la voz toma posibilidades diversas, es pregunta, respuesta, es subtítulo sin necesidad, a veces avanza con la narración, otras aparece como dictamen o anticipación, o son voces de otras personas que comentan, o hacen chisme, y también deliran. A veces es una página entera o varias, a veces la negrilla aparece como un recurso inteligente para atar cabos sueltos, o para decir lo que la voz que narra no debe decir porque no le corresponde, pero no siempre ocurre así y, en fin de cuentas, el recurso termina utilizado de manera fácil, o confusa, o hace que decaiga la intensidad, porque rompe el ritmo con el que venimos leyendo.

Humor y magia es lo que maneja Laura Restrepo. Han pasado los años desde *La isla de la pasión*. Ahora su trabajo ha tomado asiento sobre la base de lo que allá se insinuaba: la ternura y la sorpresa. No obstante, juega en la cuerda floja y está a punto de caer varias veces, especialmente cuando pone a los personajes a soltar una sola frase a ma-

nera de sentencia, cosa que no es su estilo, o cuando se engolosina con las listas descriptivas de un momento, de una imagen, de una acción, porque llega a los lugares comunes y ya no hay asombro. ¡Qué peligro! Como en la narración de la fiesta del matrimonio de Nando Barragán o en la presentación de Roca Monsalve, "El Tinieblo", donde llega hasta el delirio, pero como la narración va rápida, Laura Restrepo recupera el equilibrio con elegancia. Maneja una realidad que cae en la irrealidad y llega al delirio, pero cualquier delirio es posible en Colombia, y en la literatura siempre es posible mientras el lector se lo crea, y nos creemos la historia del leopardo.

DORA CECILIA RAMÍREZ

La que entre la miel...

Señora de la Miel

Fanny Buitrago

Arango Editores, Santafé de Bogotá,
1993, 230 págs.

Teodora Vencejos es la Señora de la Miel, un personaje fascinante porque tiene ese carácter entre dulce e ingenuo que nos lleva a juzgarla como a una tonta. Ella es la protagonista de la novela, donde el texto fluye con una narrativa de experta, rápida e intensiva. En su lectura nos encontramos con la experiencia de Buitrago como escritora quien nos deja un final feliz: "De repente la habitación rieló en un cono de luz y una elipse azulada envolvió a la pareja mientras ella cabalgaba sobre el cuerno del unicornio". Todo esto ocurre antes que la cándida duerma como La Bella sin que haya Príncipe que la despierte. Es un final de novela de amor o de telenovela erótica. Llamémosla erótica porque encontramos voluptuosidad, lujuria, libidine, lascivia, porque eros es el aire que se respira, aunque el amor-amor no esté, tampoco aquél, el que ha sido llamado Ágape.

Al principio puede parecernos una novela aburrida, porque hace alusión al sexo en cada línea y la trama parece no

avanzar. Tal vez a lo erótico haya que dejarlo respirar para que esté presente, para que se dé el flujo y el reflujo, como en el agua del mar. En esta novela el destino da muchas vueltas y al avanzar las intenciones del erotismo se tejen, y el tiempo pasado y el tiempo presente se acercan en el argumento, manipulando el suspenso. Nos desplazamos rápidamente de eros a la realidad, a la fantasía, a la tierra colombiana. La novela tiene un tono picante, agudo, mordaz; es una comedia. Hace vivir a la protagonista escenas de amor y pasión que quizá sólo pertenecen a los sueños humanos. Recrea situaciones con tanta realidad, que nos estremecemos al reconocernos en los juegos del instinto. ¿Será el sexo así o es ilusión? "Teodora se cansó de golpear. Estuvo el resto de la noche sentada en el pretil del frente, atemorizada por los quejidos, jadeos, ayayayayes y gritos desahorados que emergían de la casa y corrían a lo largo de la calle como luces de bengala, petardos y volcanes de pólvora" (pág. 43).



Teodora es generosa y sensual, inocente y buena, caritativa y compasiva, misericordiosa; vive ajena a todos los tejemanejes que giran en torno a su vida, que ha dedicado con todo amor al cuidado de Galaor Ucrós, por petición de la madre del caballero y su madrina. Este personaje es el estereotipo del macho, irresponsable y seductor, que ocupa su vida en la satisfacción de sus deseos más carnales. Ella es una excelente cocinera y, por cuestiones del destino, del suyo, termina trabajando con el doctor Amiel, también excelente cocinero y su enamorado. Teodora lo desprecia pero le permite ingenuamente diversiones eróticas, especialmente

cuando están atareados en la preparación de las viandas. La comida que elaboran es una comida excitante del apetito sexual, no sólo por los ingredientes que utilizan sino también por las formas, texturas y colores usados en la decoración y presentación de los platos; cuyo resultado final es terriblemente empalagoso, visual y culinariamente hablando.

La magia de esta obra se nos revela en la maestría con la cual la autora estructura la novela, trata el suspenso y se deleita con el lenguaje en más de una veintena de cortos capítulos titulados con nombres ligeros, donde su narrativa deleitosa nos arrastra con curiosidad tras las páginas, para saber por qué "Teodora necesita tranquilizar a su paloma, una torcaza negra y rosa que piaba bajo la falda ceñida". Erótica que se podría situar en el camino entre Anaís Nin y Erica Jong.

Esta sátira se desarrolla, una parte, en un pueblo del Caribe colombiano, de nombre Real del Marqués, y en donde, como en todo pueblo que se respeta, la vida gira en torno al chisme y la murmuración, pero aquí los decires adquieren la dimensión de la fábula. Todos saben de qué material es la ropa interior que usa Teodora; de allí mismo deducen sí le gusta o no a Galaor. El ambiente, el sabor de la atmósfera y la vida están muy bien logrados; no en vano la autora es oriunda de una ciudad vecina, y de niña saboreó el fresco de tamarindo, y sabía para qué servían los huevos de iguana, la carne de tortuga y de manatí; por eso se deleita reviviendo o poniendo en vivo su cultura, una cultura donde las intimidades se asoman al balcón naturalmente. La otra parte se desarrolla en Madrid, y, claro, también se reconoce ese humor rojo en torno al sexo con el cual los españoles se divierten. Allí, Amiel o el doctor Amiel, quien es todo un caballero, culto, elegante, tierno, rico, además de dedicarse a las actividades de la cocina, da cursos sobre bocaditos afrodisiacos con la ayuda de la Señora de la Miel. "Sí, el doctor Amiel era un maestro. Su arte reforzaba las uniones, atraía la pasión, vencía los muelles de camas y colchones. Izaba los palos flojos. ¡Atención fir!". Teodora ya está casada con Galaor Ucrós, cuida de él y de dos